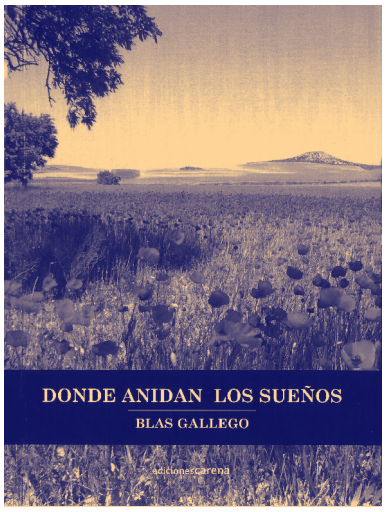


Blas GALLEGO: *Donde anidan los sueños*. Barcelona: Carena, 2012, 170 pp.

La vuelta a los orígenes

Es probable que todos los libros sean de iniciación, sobre todo si, de un modo u otro, contribuyen a que un determinado lector se encuentre consigo mismo y que de dicho encuentro surja algún tipo de transformación positiva a partir de entonces. En cualquier caso, la razón por que considero (y que ya adelanto aquí) que la obra de Blas Gallego puede considerarse una obra iniciática es porque, tras su lectura, resulta difícil no echar la vista hacia atrás y ver si nuestra vida, la de quienes ya nos hemos percatado de que el ecuador existe, es en verdad como pensábamos que era la vida cuando tan sólo acertábamos a imaginárnosla.

Desde esta perspectiva, la historia que se narra en este libro es la de Martín Serrano, joven profesor de instituto que, tras su divorcio y desencantado de las clases, abandona Barcelona y comienza una nueva vida en un pequeño pueblo de Teruel en el que creció. Allí se rencontrará con su compañero de la adolescencia, Valentín Burillo, que hoy es miembro de la Guardia Civil y se muestra apasionado por el ecosistema ornitológico de la zona en que vive, de manera especial por establecer el censo de una especie, la alondra de Dupont, verdadera obsesión para él. Una vez cerrado el paréntesis del tiempo que han estado separados, entre ambos protagonistas volverá a irse instalando, nuevamente, la relación que abandonaron décadas atrás.

La voz de un narrador en tercera persona que nos describe la vida de Valentín Burillo («su mirada posee todavía el candor inocente y la curiosidad constante de los ojos de un niño») y sus aficiones a los pájaros, la poesía, su novia serbia que trabaja en el bar del pueblo y una forma peculiar de redactar los atestados que no dejará de traerle consecuencias, se ve asaltada intermitentemente, ante los ojos de los lectores, por las anotaciones que Martín Serrano irá efectuando en su diario y que se erigen en armazón o columna vertebral de la novela. Desde ambas atalayas se nos dibuja la vida de la pequeña comunidad y, sobre todo, se aportan al lector las dimensiones necesarias para entender la figura del verdadero protagonista del relato, Valentín Burillo, que va creciendo a medida que transcurre el tiempo: «Valentín —leemos en el diario de Martín Serrano— ha sabido encontrar antes que yo su sitio en el mundo. Y eso es lo que quisiera hallar yo aquí».

De forma paralela a la historia del guardia civil, que se va convirtiendo poco a poco en el eje central del relato, está la también progresiva adaptación de Blas Gallego a su nuevo ecosistema: «Aunque aún sigo angustiado por el pasado, desde que estoy aquí me siento más a gusto, más tranquilo ¿Qué más puedo querer?». El entrecruzamiento de ambos destinos se muestra anudado en el desenlace final, para el que Blas Gallego ha ido, narrativamente, preparando al lector aunque este no lo perciba. Así, a medida que a Martín le van siendo desvelados los secretos del pasado de su amigo, al lector se nos revela, igualmente, el crecimiento interior del guardia civil: «Su única pretensión como poeta es ser testigo del registro de la luz sobre el paisaje. Por eso siempre está de cara hacia la claridad».

Si el libro tiene o no algo de autobiográfico (en gran medida toda novela lo tiene) es lo de menos aunque, evidentemente, el punto de partida de *Donde anidan los sueños* se encuentra en una decisión radical de cambio de vida, a partir de la cual la novela enfrenta al protagonista con el espejo que ha de decirle si acertó o no en su decisión. Lo realmente interesante es que la obra refleja una posibilidad más que real en la España de nuestros días, en que buena parte de la generación a la que pertenecen los protagonistas (y el autor) se encuentra abocada al desempleo, por un lado, y por otro a la falta de estímulo de una forma de vida en la que las circunstancias les han colocado.

Pese a todo no resulta fácil publicar obras de este cariz en los tiempos que corren, aunque tampoco Carena es una editorial al uso. Sin embargo, la extraordinaria vitalidad que caracteriza a la edición española de nuestros días se encuentra anclada en un mar de rebeliones y apuestas juveniles. Es sabido que los tiempos de crisis siempre han permitido aflorar a los aventureros con ideas claras. En el caso de *Donde anidan los sueños*, resulta claro que la apuesta ha merecido la pena porque Blas Gallego tenía una buena historia que contar y, a la vista está, es evidente que la ha contado bien. Ojalá que la suerte, ese viento que sopla en el mundo de la edición y que nadie sabe exactamente de dónde viene, hinche sus velas y empuje la novela hacia el éxito. O por lo menos que llegue a los lectores que le están predeterminados de antemano.

Fernando Benito

Pollux HERNÚÑEZ: *La prehistoria de la ciencia ficción. Del Tercer Milenio antes de Cristo a Julio Verne*. Madrid: Rey Lear, 2012, 102 pp.

Nada nuevo bajo el sol… de la ciencia ficción

Libro original donde los haya, tanto por la amplísima materia tratada como por la libre concepción del mismo, y hasta por su maquetación antigua y moderna a la par (en realidad uno parece en ocasiones estar viendo una página web), *La prehistoria de la ciencia ficción. Del tercer milenio antes de Cristo a Julio Verne*, del filólogo y traductor Pollux Hernúñez, constituye un libro del que me atrevería a decir que conoceremos sucesivas reediciones en el futuro. Vaya esta apreciación por delante, para advertir acerca de la importancia que considero que tiene este librito de apenas cien páginas.

Entre los cambios a los que estamos asistiendo en los últimos años en el panorama de la lectura no es de los menos importantes el del carácter fragmentario de las lecturas así como la clara tendencia a la reducción y acortamiento del tamaño de no pocas lecturas. En este sentido, una de las necesidades editoriales habrá de ser, forzosamente, la de dar con autores que sepan resumir en obras breves (cada vez en mayor medida los libros —todos, en general, salvo la narrativa— van a ser vistos como «obras de referencia», esto es, como obras de consulta) asuntos de interés. Creo que este es uno de los principales valores de esta obra.

Sin embargo, y dicho lo anterior, es conveniente aclarar que, aun siendo una visión muy subjetiva (quizás lo más subjetivo sea la amplitud con que se trata el concepto en sí de «literatura de ciencia ficción») se trata de una obra de sumo interés por varios motivos. En primer lugar por la aludida amplitud de miras de autor y lo bien conseguido del propósito, dado que resume con éxito varios milenios de historia literaria. En segundo lugar por lo ameno del relato, en el que siguiendo una sucesión cronológica de las obras y autores destacados, estos se van presentando según los temas tratados. Además el libro se halla ilustrado con esmero y acierto, algo que cada vez va siendo más difícil de ver entre determinados editores meramente mercantilistas (amigos de lo fácil y, con frecuencia, chapucero) que, no en vano, se sienten respaldados por un público que apenas les exige la pulcritud y belleza que en su día justificó que se hablase de las artes gráficas para referirse a los frutos de la tipografía.

Centrándonos ya en el contenido de este original nuevo breviario de la no menos original casa editora Rey Lear, en cierto modo, la conclusión que uno saca tras la lectura de este librito no es otra sino que toda la literatura es ciencia ficción. La buena literatura al menos, es decir, aquella que ha perdurado en nuestro canon y en el recuerdo de los lectores generación tras generación. «En realidad —nos dice Pollux Hernúñez— la ciencia ficción no es más que otra forma, más moderna, de reflejar en literatura la misma ansia que siempre ha sentido el ser humano por lo sobrenatural, la magia, la mitología, lo fantástico». Casi nada.

De la mano del autor, la ciencia ficción va enhebrando los mitos griegos y sumerios; las obras más curiosas y desconocidas de las literaturas griega y latina clásica; relatos de la China y el Japón medievales; obras de la tradición medieval occidental como la *Divina Comedia* o las sagas caballerescas, desde los *Nibelungos* hasta el *Amadís* o el *Orlando furioso* y el *Libro de Alexandre*; islámicas como *Las mil y una noches*, *El filósofo autodidacto* o *El teólogo autodidacto*; textos ya renacentistas como las obras de Rabelais, Bacon y los utopistas, o Paracelso; fragmentos de Atanasio Kircher, Cervantes, Milton, Rostand, y textos de los numerosos miembros de las generaciones de científicos de la Edad Moderna, etc.

Son muchos los autores a los que el autor arrastra en sus idas y venidas. De ciencia ficción vive Colón quien, sin embargo, tocó tierra. O Leonardo, con un pie en el suelo y otro en el aire, como tantos autores de obras preclaras mencionados por Hernúñez. Quizás porque, como ya expusiera Baroja en *El árbol de la ciencia*, es característica inherente a los precursores, en el fondo, esa dualidad de espíritu que les hace pertenecer, de manera paralela, a un tiempo al mundo de la realidad y de lo imaginativo.

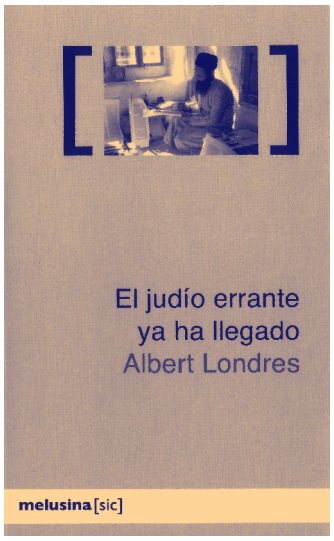
A través de capítulos temáticos el autor nos deleita con lecturas desconocidas o ya olvidadas que solo bajo su lupa acertamos a reconocer como partes del enorme corpus literario de la ciencia ficción, aun cuando de sobra reconozcamos las características apenas leídos los textos. Por otro lado, la amenidad con que Pollux Hernúñez desgrana su «prehistoria» hace que el libro se lea de un tirón aunque, paradójicamente, por si fuera poco todo lo relatado por Pollux Hernúñez, el lector tiene la sensación de que apenas si el autor ha dejado caer algunos títulos y autores, y que es mucho más lo que aún se reserva para sí. Tal es la cultura del autor.

Ahora bien, ¿por qué prehistoria y no, sencillamente, historia? Pues porque precisamente el autor detiene su relato cuando, en el siglo XIX, en 1818 la obra de Mary Shelley *Frankenstein o el nuevo Prometeo* abre una nueva

época para la literatura de este género. En palabras del autor, «contrariamente al Mr. Hyde de Stevenson, que utiliza medios y motivos científicos para transformarse en Dr. Jekyll, el Doctor Frankenstein no utiliza medios científicos, sino más bien alquímicos (el rayo), para crear su monstruo homónimo».

En definitiva, con *La prehistoria de la ciencia ficción* Pollux Hernúñez ha escrito lo que bien podría denominarse —perdóneseme si suena cursi— un libro de autor. (El placer producido al escribirlo se percibe, de eso no hay duda). También ha demostrado que mucho y delicioso néctar puede transportarse en pequeñas vasijas. En eso consiste buena parte del mérito del autor. Y luego está el disfrute, y esta es la otra parte de su mérito, de devorar estas cien páginas por parte de todo aquel a quien la gran literatura le apasione, sea esta de la época que sea.

Fernando Benito



Albert LONDRES: *El judío errante ya ha llegado*. Barcelona: Melusina, 2012, 270 pp.

El eterno vagar del judaísmo europeo

Siempre me ha interesado más la literatura judía del periodo de entreguerras por sus aspectos literarios que por los políticos, sin embargo, he de reconocer el vértigo que me produce desde hace tiempo sentir la claridad con que se mostraban los acontecimientos venideros en las obras publicadas en los años 20 y 30. Hacia 1937, el novelista Joseph Roth escribió en su obra *Judíos errantes* unas palabras tan duras y proféticas como las que siguen: «Quienes atormentan a los animales son castigados, y quienes atormentan a los hombres son distinguidos con medallas. [...] No es de extrañar que la asociación protectora de animales sea, en todos los países y en todas las capas de la población, más popular que la Sociedad de Naciones». El periodista Albert Londres es capaz de desplegar aquella época ante nuestros ojos como si la estuviésemos contemplando en directo, ubicando a los protagonistas de sus reportajes en el escenario real. Su mérito: mezclar historia y literatura con tal maestría que los lectores aprenden la primera mientras disfrutan de la segunda.

Aunque ya he dedicado con anterioridad en esta misma revista una reseña acerca de una recopilación de artículos de Albert Londres (*Terrorismo en los Balcanes*, también editado por Melusina), en esta ocasión *El judío errante ya ha llegado* merece ser nuevamente comentado no sólo por la actualidad del tema judío en el panorama geopolítico internacional (del que no ha dejado de estar vigente desde que se publicó inicialmente la obra de Londres), sino, precisamente, por la notable perspicacia con que el autor acertó a tratar el tema de la situación internacional del judaísmo ya en su época. En esta ocasión, el autor se va desplazando a través de las fronteras del continente europeo y realiza un censo de los emigrantes (porque todos ellos son de otro lugar) judíos con los que se encuentra. A diferencia de Roth, Londres ejerce como reportero que transmite en directo sus encuentros. De este modo los diálogos son en su obra un elemento tan importante como sus reflexiones, a diferencia de lo que sucede en la obra de Joseph Roth mencionada, mucho más ensayística y más cargada de opiniones subjetivas.

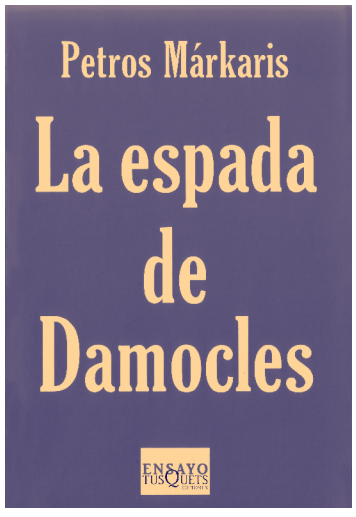
Estilísticamente, la obra tiene la frescura de esa literatura culta y desenfadada de las primeras décadas del siglo pasado en las que sentirse intelectual (de los que arriesgan la vida con su denuncia y sus palabras) era un motivo de orgullo y bandera para tantos escritores a lo largo y ancho del mundo. Su lectura es llevada a hombros por aquel periodismo que comenzaba a levar alas y se hallaba en su mejor época. Pero sobre todo destila el sabor de los grandes cronistas del reporterismo clásico, precisamente el de las primeras décadas del siglo pasado. Es en obras como esta en las que los profesionales del reporterismo de nuestros días pueden beber hasta hartarse sin dudar que lo que de ellas se les pegue contribuirá a buen seguro a perfeccionar su estilo y quehacer profesional. En este sentido es preciso felicitar a la editorial Melusina, nuevamente, por la edición y al traductor, Jorge Cabezas, por la versión realizada; por cierto, el lector agradecerá probablemente las notas con que este último aliña un texto en ocasiones demasiado «de época» por lo que respecta al vocabulario y el léxico judío utilizado. De aquí que el centenar de notas aclaratorias de determinados conceptos y personalidades de la época ayudarán al lector no familiarizado a situarlo en el contexto.

En la última parte del libro, Londres trata de la realidad que a lo largo de las páginas anteriores se ha dejado entrever en ocasiones. La confluencia de los intereses del sionismo sobre la tierra de Palestina y progresiva acumulación allí de los judíos perseguidos en los territorios europeos. No deja de entristecer la sombra que, sobre el acontecer futuro, el autor deja al final de sus palabras y que la realidad histórica se encargaría de ratificar:

> Los judíos han carecido de psicología, de medida. Aunque las naciones no hubieran pensado que la región ya estaba habitada por árabes, ellos deberían haber tenido cuidado

con ese hecho. Ahora ya lo saben; han pagado por saberlo, y creo que están dispuestos a remplazar el periodo de la conquista orgullosa por el de la colaboración.
¿Lo querrán los árabes De momento, responden: «¡No!». «No» en Oriente no tiene el mismo valor que en Occidente. En ciertos países, después de un «no» todavía se puede continuar la conversación. Pero aun así, hace falta que se discuta sin el puñal en la mano.
Es justamente por eso por lo que Inglaterra está en Palestina.
¿Es posible que no se dé cuenta de ello?

Asunción Escribano



Petros MÁRKARIS: *La espada de Damocles*. Barcelona: Tusquets, 2012, 140 pp.

De la cima al abismo en dos generaciones

Conocíamos a Petros Márkaris (hijo de padre armenio y madre griega) por su policía Kostas Jaritos y su mujer Adrianí, e intuíamos que buena parte de la forma que tenía este policía de Atenas de ver su sociedad habría de responder al modo de pensar de su autor. Y nos gustaba. De hecho, en *Con el agua al cuello* la trama de la novela se hallaba plenamente inmersa en la crisis que atraviesan actualmente las penínsulas del sur de Europa, y el contexto, de hecho, era ya el de la situación crítica que relatan los artículos de los que vamos a hablar. Incluso habíamos leído alguno de sus artículos publicados en España. Nos habíamos ido preparando y el libro ahora publicado por Tusquets no nos ha defraudado con respecto a lo que esperábamos.

En esa línea, la publicación de *La espada de Damocles* presenta un buen puñado de opiniones y agudas críticas a lo que desde hace años era visible (aunque, al parecer, no previsible) para los griegos. Pero, además, buena parte del interés de esta obra para el lector español está en hasta qué punto y pese a sus diferencias, leyendo sobre la situación griega un europeo del otro extremo del Mediterráneo puede ver en ella reflejados algunos de los problemas ahora padecidos por España, sus síntomas previos y, quién sabe, si sus futuras consecuencias. En cualquier caso, lo peor de esta crisis para el europeísmo radica en que sitúa al continente ante su tradicional obstáculo que es el de demostrar una vez más que la Unión Europea es más que un grupo de mercaderes y que ideas como solidaridad o Estado de bienestar son tan importantes en nuestra tradición como la de la propia libertad. Difícil reto en un momento en que todo parece concluir, como manifiesta Márkaris, que «hemos identificado Europa con el euro y olvidado la diversidad de este continente y los valores que nos unen».

Precisamente es en ese contexto en el que se inserta la anécdota relatada al inicio del prólogo de este libro, y que indica desde la primera página el modo de respirar de Márkaris. Trata acerca de cómo, al necesitar cambiar su viejo coche, el policía Kostas Jaritos, protagonista de sus novelas, opta por adquirir un Seat Ibiza «por solidaridad con los pobres», en este caso los españoles. Ya había sido narrada por el autor en alguna entrevista, al ser preguntado por ello, y figuraba en uno de los capítulos iniciales de su novela *Con el agua al cuello*, pero al repetirla ahora, de alguna manera se incide en hasta qué punto realidad y ficción se unen y confluyen en este autor. Es más, él mismo admite que estos artículos, escritos paralelamente a la redacción de sus dos primeras novelas sobre la crisis actual, le sirvieron como «base para esas novelas».

De todos modos no hay duda de que lo que el lector va a presenciar leyendo las palabras de Petros Márkaris es la realidad griega actual. Es más, podría decirse que *La espada de Damocles* constituye una buena crónica, desde el interior de la sociedad griega, del transcurrir de año y medio (desde finales de 2009 hasta junio de 2012) de «crisis griega». Pese a todo, los datos aportados en estas páginas hallan un complemento perfecto con el día a día de experiencia de la crisis que se narra en la novela citada, donde muchos de los aspectos contemplados por el autor se filtran inevitablemente a través de su imaginación hasta la vida de sus personajes.

De la mano del autor, y de su crítica forma de ver las cosas manifestada en esta docena de artículos y la entrevista con que se cierra el libro, el lector asiste reiteradamente (aunque la forma periodística de los textos conlleve la repetición de algunas ideas en ocasiones, este hecho no resulta tedioso para la lectura) a la configuración de una serie de ideas clave que, a juicio del autor, vertebran la situación que atraviesa Grecia en los últimos años. Este es el caso de las nefastas consecuencias que la división ideológica y política del país tras la II Guerra Mundial trajo para el desarrollo de la escena política y económica entre 1946 y 1974. Téngase en cuenta que entre 1945 y 1949 se libró una guerra civil en Grecia que dividió al país. Ni la monarquía que se mantuvo entre 1946 y 1974 ni la dictadura militar (1967-1974) contribuyeron a unificar al país.

El aprovechamiento de las ventajas de ocupar el poder por las derechas durante ese periodo de tiempo marcaría el ideario posterior del partido socialista (PASOK) de manera que las últimas décadas han heredado

modos de beneficiarse del poder similares a los puestos en funcionamiento tras la guerra. Este modo de hacer política ha hecho que, en palabras de Márkaris, hoy haya que enfrentarse y echar abajo «privilegios consagrados a lo largo de muchos años». Esta situación ayuda, asimismo, a entender un hecho tan peculiar como la «ocupación» del poder por tres familias o dinastías políticas durante los últimos 35 años: Papandreu —Andreas de 1981 a 1989 y de 1993 a 1996, y su hijo Georgios de 2009 a 2011—; Karamanlís —Konstantinos de 1974 a 1980, y su sobrino Kostas de 2004 a 2009— y Mitsotakis —entre 1990-1993—.

Desde esta perspectiva, no cabe duda de que el elemento político ha jugado en Grecia un papel importante a la hora de agravar la situación de Grecia ante la crisis económica internacional. Márkaris habla de la «política de la fruta madura», que consiste en la machacona y paciente crítica destructiva de los partidos de la oposición durante décadas, hasta esperar que caiga el Gobierno: «Bastaba con desacreditar de forma sistemática al partido del Gobierno durante su mandato». Se trata de un sistema que, por desgracia, también hemos visto instalarse en el cansino y corrupto bipartidismo español de los últimos años. No ha habido otro cambio político en Grecia en las últimas décadas que el de los beneficiarios del sistema.

En el escenario político, se han dado situaciones coyunturales como el importante incremento de la deuda que supusieron los Juegos Olímpicos de 2004 que han sobrecargado lo que ya de por sí constituía una frágil situación. Uno de los textos más extensos, «Las luces se apagan en Atenas», que fue publicado en España en el diario *El País*, lleva a cabo una demoledora radiografía de los principales grupos en que la crisis ha dividido a Grecia: «el partido de los beneficiarios y de los defraudadores»; «el partido de los honrados o de los mártires», es decir, los pequeños y medianos empresarios y sus empleados, junto con la mayoría de los autónomos; «el partido de los Moloch», compuesto por los funcionarios y empleados de los servicios públicos y las empresas estatales; y «el partido de los deseperanzados», el de los jóvenes griegos, en paro.

Pero al margen de estos grupos en los que las responsabilidades en el agravamiento de la crisis no son, evidentemente, del mismo calibre, el autor se muestra sumamente duro con sus conciudadanos. Por ejemplo cuando señala que «los griegos consideran los créditos bancarios que obtienen para cualquier cosa no como un dinero prestado, sino como parte de sus ingresos», o al afirmar que las causas de la crisis son «en un noventa por ciento, nacionales». Si pensar, como hace Márkaris, que la Grecia de las últimas décadas ha roto desde un punto de vista sociológico con su pasado implica cierto conservadurismo, sin duda alguna el autor es conservador. Pero tal forma de pensar implica, ante todo y por encima de una mera ideología política, un modo sociológico de entender la cultura griega. «El país —nos dice evocando los años de la entrada en la Comunidad Europea— no sólo vivía por encima de sus posibilidades, sino que dio la espalda por completo a su pasado».

Esto significa, dicho con sus propias palabras, que durante aquella época, que Márkaris denomina «los años de las falsas ilusiones», los griegos «no sólo tiramos por la borda la "cultura de la pobreza!, sino también, junto con sus valores, nuestras raíces y nuestro futuro, porque erróneamente creíamos que estos valores eran parte de nuestra pobreza y ya no los necesitábamos». Estas palabras, del texto con el que inauguró la Feria del Libro de Viena en 2011, constituyen algunos de los mejores párrafos de esta obra. «El error más grave —señala el escritor— fue considerar la Unión Europea como el cuerno de la abundancia. Descuidamos, por no decir que despreciamos, la responsabilidad comunitaria y la solidaridad. Por el contrario, intentamos trasladar todos nuestros problemas nacionales a la Unión Europea».

En esta misma línea hay que ubicar las palabras de una profesora de un instituto de Atenas que cita Márkaris y según la cual «no pasa un día sin que me lamente de lo mal que hemos educado a estos chicos», pues los alumnos «sólo hablan de coches, de los vaqueros de Armani o de las camisetas de Gucci. No tienen ni idea de la crisis, ni de lo que les espera. Llegan a la escuela después de haber sido mimados por sus padres y nosotros seguimos consintiéndoles todos sus caprichos». En este fracaso generacional parece centrarse el meollo de la crisis, o al menos en él se reflejarán buena parte de las consecuencias devastadoras de lo que ahora sucede. Como concluía Márkaris hace un año, con laconismo, casi aforísticamente: «Ayer ellos estaban en la cima. Hoy son sus hijos los que caen en el abismo. Y mañana los padres experimentarán la rabia de estos niños».

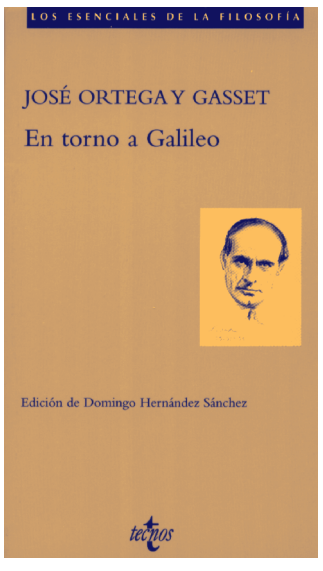
Sean cuales sean las causas y los motivos, lo cierto es que la situación en Grecia parece haber dado la vuelta a todo. Actualmente la fragmentación del Parlamento deja abiertas todo tipo de alianzas si bien, como señala el autor, la celebración de acuerdos es «una terra incognita» para los partidos griegos, dado que se trata de un elemento político del todo ajeno a sus prácticas durante décadas. De todos modos, la incorporación de la extrema derecha (nazi) y su crecimiento suponen también una novedad en el panorama político griego desde el final de la dictadura de los coroneles en 1974. La diferencia es que en la actualidad probablemente eso constituya el principal revulsivo que necesitan para reaccionar los votantes de los partidos tradicionales, algunos de cuyos simpatizantes han optado por los extremos del arco parlamentario en señal de protesta y como voto de castigo.

No resulta fácil hacer vaticinios sobre qué pasará a medio plazo, pero podemos estar seguros de que Petros Márkaris continuará escribiendo sobre ello. Con frecuencia los problemas de una sociedad se ven y se analizan más fácilmente a distancia y, en este sentido, podría decirse que

los problemas de los griegos son nuestros problemas, los de todos los europeos. Tal vez leer y reflexionar sobre el caso griego contribuya a que el resto de la Unión piense en cómo es la sociedad en que vive. Cómo la hacemos y cómo la deshacemos. Y, sobre todo, a tener constancia de una vez por todas de que los actos de quienes nos representan en las instituciones tienen consecuencias que, con demasiada frecuencia, recaen y son sufridos por muchos otros. Esta es la dramática consecuencia de la crisis económica actual, y en la que varias generaciones están ya pagando la irresponsabilidad de la que ahora nos gobierna.

Los actos llevados a cabo por una generación dan lugar a acontecimientos cuyas consecuencias en ocasiones deberán sobrellevar los herederos. Todos heredamos, todos dejamos en herencia. Mientras tanto, no estaría mal que recordásemos las lecciones como manera eficaz de aprenderlas. Hace ya medio siglo que, en la película *Las manos sobre la ciudad*, de Francesco Rosi (1963), el constructor y político especulador protagonista, Edoardo Nottola, expresó en toda su cínica crudeza con la imagen siguiente todo el poder de dependencia que el dinero genera sobre una sociedad: «El dinero no es como un coche que lo puedes meter en un garaje; es como un caballo, tienes que darle de comer cada día».

Fernando Benito



José ORTEGA Y GASSET: *En torno a Galileo*. Ed. de Domingo Hernández Sánchez. Madrid: Tecnos, 2012, 338 pp.

De la crisis histórica como fragua

Ortega es, probablemente, uno de los mejores ejemplos de lo que el buen uso del pensamiento crítico y la inteligencia aplicada puede lograr en una persona con formación. Más allá, por supuesto, de la mera crítica a la flaca especialización el ejemplo de Ortega debería servir a muchos de nuestros académicos para plantearse alguna vez el tratamiento de cuestiones medianamente alejadas de su nido y hábitat próximo. La investigación en buena parte de nuestras facultades de humanidades es tan sólo de cabotaje, y no es raro por ello que en cuanto algún osado se atreve a nadar mar adentro descubra continentes insospechados. En este sentido, el filósofo español dejó clara y muy originalmente señalado el camino hacia unas Indias intelectuales con una obra sobradamente diversa e inteligentemente reflexionada, una de cuyas ramas nos presenta ahora Domingo Hernández en una nueva edición. Precisamente se trata de un autor cuya buena mano para desempolvar a Ortega ya ha sido demostrada con las ediciones realizadas para Tecnos de *La rebelión de las masas* y *El tema de nuestro tiempo*.

Por otra parte, es constatable lo propenso que ha resultado el Renacimiento para los estudios de carácter generacional, o quizás sea más apropiado decir que al acercarse a dicha época los investigadores han dado por supuesta la intergeneracionalidad de sus protagonistas. Quizás se deba a la riqueza y mezcolanza del periodo en lo que a personajes y oficios diversos se refiere. De hecho, solo al explicar el Renacimiento la pedagogía tradicional permitía la mezcla de reyes con pintores y papas con filósofos, como un paréntesis histórico en el que confluían y se fundían las diferentes categorías del saber. Recientemente, aunque en parte al calor de modas sobre lo pretendidamente esotérico, las editoriales se han volcado en publicaciones que permiten poner de nuevo a la vista la riqueza del periodo desde puntos de vista generacionales o cronológicos sumamente enriquecedores. Es el caso de *Vidas del Renacimiento. Los personajes que iluminaron la Edad Moderna* (2011), de R. C. Davis y B. Lindsmith, o *1545. Los últimos días del Renacimiento* (2008), de Antonio Forcellino. Ambas obras, traducidas al español en 2011 y en las que la cronología del periodo estructura toda la obra y la justifica, muestran lo que ya Ortega señalara en la obra que comentamos, y que no es otra idea que la de que el periodo que conocemos como renacentista fue un campo de batalla entre los dioses antiguos y los nuevos, y que del fragor del encontronazo, tras la contención de la respiración por parte de la propia historia se fraguó, lentamente, un nuevo mundo diferente al medieval.

En torno a Galileo fue, seminalmente, una serie de lecciones de Ortega cuya primera publicación se debió a unos resúmenes de su alumna María Zambrano y que luego el propio filósofo redactaría como artículos para su publicación en *La Nación* de Buenos Aires, y en las revistas *Cruz y Raya* y *La Revista de Occidente*, todos entre 1933 y 1934. Domingo Hernández es un investigador familiarizado con los hábitos de trabajo de Ortega, y en este caso nos muestra a la perfección el método de cocción a fuego lento de sus obras que, como en la buena cocina, garantiza un resultado digno del tiempo empleado. *En torno a Galileo* solo aparece, así, como obra conjunta, en la primera edición de las obras completas en 1947.

Sin duda alguna el tema de las generaciones, elemento central de las cuatro primeras conferencias (luego capítulos) es de los más atrevidamente fructíferos de Ortega. A él había dedicado ya espacio en obras de la década del 20. Es una lástima que no haya sido suficientemente aprovechado por la historiografía española, probablemente por la falta de obras ambiciosas a las que la investigación de cabotaje antes señalada ha renunciado dada su naturaleza. De todos modos, pensar la historia en términos generacionales supone, por otro lado, una verticalidad impuesta por la propia naturaleza del proceso generacional que, lejos de frenar el discurso al discutir por lo que separa ideológicamente, implica un avance progresivo y paralelo debido al ineludible paso del tiempo para todos aquellos hombres que comparten el escenario histórico en un momento determinado. De hecho, para Ortega la generación es el órgano visual con que se ve en su efectiva y vibrante autenticidad la realidad histórica. La generación es una y misma cosa con la estructura de la vida humana en cada momento. No se puede intentar saber lo que de verdad pasó en tal o cual fecha si no se averigua antes a qué generación le pasó, esto es, dentro de qué figura de existencia humana aconteció. Un mismo hecho acontecido a dos generaciones diferentes es una realidad vital y, por tanto, histórica, completamente distinta.

Sin embargo, y a pesar de la importancia que Ortega diera al tema de las generaciones en sus primeras conferencias, *En torno a Galileo* estaba en su mente como el análisis de la crisis en un momento histórico determinado. Es decir, estamos ante un libro sobre las crisis históricas entendidas como momentos de cambio en los que un conjunto de creencias es sustituido por otro aunque aún no ha desaparecido el antiguo y el nuevo no se ha instalado definitivamente. En 1942 *La Revista De Occidente* publicó el ensayo «Esquema de la crisis y otros ensayos», que recoge el bloque central de cuatro charlas reunidas en *En torno a Galileo* junto con otros artículos vinculados temáticamente. Si las cuatro primeras habían preparado el camino, ahora se trataba de abordar el tema principal y de mayor interés: analizar el proceso de las crisis históricas.

Aunque a lo largo de la década de los 20 Ortega ya se había referido en varios de sus textos al tema de las generaciones, en este caso se trataba de contextualizar metodológicamente el tema principal. Lo que ocurre en los años 30 es que el filósofo tiene una clara intuición de que algo está cambiando de un modo drástico en la sociedad europea, concretamente en torno a 1933. Domingo Hernández analiza detalladamente el pensamiento orteguiano en su introducción, y nos muestra a un pensador consciente de que una nueva etapa se abre en la historia de Europa. En este contexto la figura de Galileo, de cuya abjuración se celebraban 300 años en 1933, aquel de cuya mano entrásemos los europeos en la modernidad, cobra una importancia primordial. «Al fondo de la civilización contemporánea —escribe el filósofo—, que se caracteriza entre todas las civilizaciones por la ciencia exacta de la naturaleza y la técnica científica, late la figura de Galileo».

Más aún, para Ortega, con Galileo se produjo una bisagra en la historia que concluye un ciclo al tiempo que permite abrir un umbral a otro periodo que es el que Ortega presiente concluir cuando escribe. «En Galileo y Descartes termina la mayor crisis por que ha pasado el destino europeo —una crisis que comienza a fines del siglo XIV y no termina hasta los albores del XVII». Es, precisamente, al modo en que se atraviesan estos momentos críticos y a cómo se produce el salto de unos a otros a lo que el filósofo español dedicaría las conferencias que, con el tiempo, darían lugar a esta obra. El análisis orteguiano parte, así, del presente para volver la vista atrás y que el estudio del pasado le ilumine sobre el futuro. Se trata de ver escenas anteriores de la película sucesiva que para Ortega es la historia, dado que, si al reconstruir nosotros el pasado mediante la historia, hallamos que cada nueva época o estadio emerge del anterior con una cierta lógica o, dicho de otro modo, que a cada forma de vida sucede otra que no es cualquiera, sino precisamente una que la anterior predetermina, quiere decirse que también será posible en alguna medida lo contrario, a saber, viviendo en una época vaticinar cómo será en sus líneas generales la inmediata futura, en suma, que es en serio posible la profecía.

Anticipándose así a futuros planteamientos de la sociología histórica, Ortega nos muestra no sólo un modo de escribir en función de los oyentes, sino de ir adaptando a ellos las conferencias de modo que interactuando en las charlas se va escribiendo el libro. Domingo Hernández nos ilumina ahora acerca de cómo Ortega redactó e incluso (en ocasiones) pensó su obra. Las notas se regalan con una generosidad más propia de la investigación madura que del celo juvenil y tacaño al que nos tienen acostumbrados otros «editores» que apenas tienen nada que aportar a la obra que editan. Estamos de enhorabuena cada vez que Domingo Hernández acerca su oído a un texto del maestro, pues escucha al unísono los ecos del mismo en toda la obra de Ortega. Al lado del conocimiento de la obra orteguiana que destila el aparato crítico, el valioso índice final de autores y conceptos parece, sin embargo, un juego infantil que, no obstante, junto con los anexos, es también de agradecer, teniendo en cuenta que estamos ante una obra de Ortega, tan rica en ideas y conceptos.

Es por todo lo anterior por lo que considero que la reaparición en las librerías de esta obra de Ortega que ahora publica Tecnos de la mano de Domingo Hernández Sánchez puede aportar luz no solamente acerca de las razones por las que el Renacimiento y su(s) época(s) propició tal riqueza humana de todo tipo generando un especial caldo de cultivo propio de los periodos de transición, sino que podría incluso ayudarnos a sobrellevar nuestro momento actual, tan crítico como dramático y cuyas consecuencias últimas aún no acertamos más que a imaginar. Si estamos en un momento de cambio al estilo orteguiano, el tiempo lo dirá.

Fernando Benito